

SEM digital: una nueva cultura microbiológica

Los libros no están muertos (lo que pasa es que se están volviendo digitales), es el llamativo titular de una reciente portada de la revista *Newsweek*. ¿Está exhausta la “galaxia de Gutenberg”, cinco siglos y medio después de empezar a revolucionar la cultura humana? No, cambia la tecnología, pero los objetivos y los contenidos deben seguir siendo los que caracterizaron la revolución científica: profundizar en el conocimiento, difundir los descubrimientos y extender el saber a la mayor cantidad de personas posible. En nuestro caso, conocimientos, descubrimientos y saberes de la ciencia microbiológica. Nuevas tecnologías suponen, e imponen, nuevas capacidades, nuevas actitudes. Nuevos métodos, nueva información... contrastada. Internet es el medio, la biblioteca global. Internet nos tiene que servir no sólo para buscar información, sino para trabajar más eficazmente y para aumentar nuestra capacidad de discriminación, ya que debemos aprender a “separar el grano de la paja” —y, a veces, paja mohosa llena de errores. Y nuevos libros, deben sustituir el enciclopedismo por indicaciones de lugares de trabajo y fuente de información, en Internet, lógicamente. Éste es el principal objetivo del libro *Microorganismos*, de Schaechter *et al.* [véase *Int. Microbiol.* 9:75-77, e *Int. Microbiol.* 10:157-168], que se publicará en el próximo curso académico, con el apoyo de la SEM.

“¿Qué hay en un nombre?” —le hace decir Shakespeare a la enamorada Julieta. “Eso que llamamos rosa, ¿olería tan fragantemente si tuviera otro nombre?” El mundo digital, y los registros bibliométricos están influyendo en nuestras ineteradas costumbres. La falta de normalización de los nombres de los investigadores y de sus centros en las publicaciones científicas y en las bases de datos es un hecho extendido, lo que disminuye la visibilidad de los autores y de sus centros a nivel internacional y dificulta el cálculo de las citas recibidas. Para remediar ese defecto, la FECYT ha publicado un documento —elaborado por los grupos de investigación EC3 de la Universidad de Granada y Análisis Cuantitativos de Ciencia y Tecnología del CINDOC-CSIC—, que contiene un conjunto de orientaciones extremadamente útiles [www.accesowok.fecyt.es/recomendaciones_publicaciones.html]

¿Juan de Dios Lucas del Castillo y Jiménez de la Gándara de Castejón de Arriba? Probablemente, ninguno de los lectores se llame así —y si

así lo es, pido excusas por la coincidencia—, pero es sabido que los nombres y apellidos de los españoles y españolas pueden ser muy largos, y que a veces sorprenden fuera de nuestras fronteras. Cuando abrí una cuenta corriente en Davis, California, hace ya muchos años, me sorprendió que me preguntaran como contraseña “your mother’s maiden name”. Las mujeres en España, afortunadamente, no cambian de apellido, ni de documentos, al casarse. En Estados Unidos, pocas personas conocen el apellido original de la madre de un amigo. Viene esto a cuento de que cada país tiene sus costumbres y que es bueno que conservemos cada uno las propias. Y hasta aquí, nos limitamos al terreno de lo privado. Pero, ¿qué pasa cuando aparecemos como autores de un artículo científico en una revista internacional? Según el documento de la FECYT citado, en las bases de datos de Thomson-ISI, el porcentaje de investigadores españoles que aparecen bajo dos o más nombres oscila entre un 20% y un 40%. Y una cosa parecida pasa con los nombres de los centros de trabajo. Los propios investigadores son en parte responsables, ya que utilizan distintas formas de apellidos en distintos artículos. Pero, además, las bases de datos bibliográficas cometen con frecuencia errores, sobre todo a causa de sus prácticas de indización adaptadas a la cultura anglosajona (principalmente, por qué negarlo, norteamericana).

La digitalización conlleva normalización. El océano de Internet necesita singladuras claras. Gutenberg sigue imponiendo su impronta (sí, lector, es una O, no una E); y que lo haga por muchos años todavía. Si no ya en papel, en el rigor que él y sus herederos, los editores e impresores, aplicaban a la corrección de lo que imprimían, y del que se carece cuando se deja un documento en Internet. Sería de desear que la actual revolución de la enseñanza universitaria (“la reforma de Bolonia”) supusiera un cambio real de conocimientos, habilidades y actitudes, y no una mera continuación de las “tareas de casa” de siempre, aunque ahora con un nombre altisonante. Y los profesores están dispuestos; pero es la hora de los “administradores” que deben aportar los medios docentes, técnicos y económicos necesarios.

Ricardo Guerrero

Presidente de la
Sociedad Española de Microbiología